

los ojos sólo con mirarla, aunque los rasgos estaban alterados, como hechos por una mano que dirige difícilmente la pluma.

Reconoció la letra, con lápiz trazada en una tarjeta, y leyó lo siguiente:

«Las primeras palabras que puedo escribir son para tranquilizar á mi amiga y preguntarla á qué hora podré presentarme en su casa mañana, que será mi primera salida.—R. C.»

Julieta, mientras leía ese billete, que debió de costar al herido un gran esfuerzo, aspiraba el voluptuoso aroma de las rosas, que la envolvía como una caricia, y á la vez de aquel papel, que habían tocado los dedos del joven, subía hacia ella como un deseo de posesión.

Mas de repente, cual si ella hubiese rechazado un sortilegio, rasgó el billete en cien pedazos, que arrojó al viento por la ventana abierta del jardín.

Y luego, llevando al vestíbulo la *corbeille* de las peligrosas flores, volvió á su cuarto para caer de rodillas y orar.

¿Qué pasó en aquella alma angustiada durante una hora, que fué ciertamente *la hora* de su vida? ¿Hay, como ha supuesto el instinto en todas las edades, en la plegaria así lanzada, por un corazón que sufre, hacia el Sér Supremo, autor de todo destino, una virtud reparadora, una probabilidad de obtener ayuda en los desfallecimientos de la voluntad?

¿Fué en tal instante, y por pacto secreto consigo misma, cuando Julieta pronunció, ante su conciencia, el voto que debía cumplir un año más tarde?

Cuando se levantó, después de la oración, una llama resplandecía en sus pupilas y un pensamiento iluminaba su frente; subió en seguida al aposento de su madre, quien, al verla así, como transfigurada, dijola con asombro:

—¿Qué me anuncias con esa fisonomía tan alterada?

—Una resolución que os ruego aprobéis, querida mamá, aunque os parezca poco razonable—respondió Julieta.—Marcho á Nançay esta tarde.

—¡Pero es insensato, hija mía!—respondió la madre.—¿Olvidas que el médico te ha puesto en observación, como él dice?...

—¡Ah! ¡Se trata de mi salud!—respondió la señora de Tillières.

Y en seguida, gravemente, casi con aire trágico, añadió:

—Se trata ahora de saber si tendréis por hija á una mujer que pueda abrazaros sin ruborizarse ó á una desgraciada...

—¿Una desgraciada?—repitió con estupor la señora de Nançay.

Y obligando á Julieta á sentarse en un taburete á sus pies, y acariciándola los cabellos con ternura infinita, prosiguió:

—Vamos, hija mía adorada, confiésate á tu anciana madre... ¡Estoy segura de que has dejado germinar alguna idea loca en tu pobre cabezal ¡Tienes tal arte para entristecer con tus imaginaciones una vida que podría ser tan dulce!...

—No, mamá—dijo—no son ideas ni imaginaciones locas...

Y añadió con voz sombría:

—Amo á un hombre de quien no puedo ser esposa, y que me obsequia; siento, conozco que si permanezco aquí y le vuelvo á ver, estoy perdida, perdida, ¿entendéis?, perdida... y sólo tengo la fuerza de huir.

—¿Cómo?—respondió la madre con un asombro en que se revelaba la ingenuidad de su solicitud.—¿No es la marcha de M. de Poyanne la que así te ha trastornado? ¡Bien adivinaba yo las turbaciones de tu corazón! Mas he creído que eran por él, y que él también se marchaba porque te ama y no es libre...

—No me interroguéis, querida mamá—respondió Julieta cruzando las manos—no puedo explicaros nada ni deciros nada... Pero si me amáis, comprended que no os hablaría de esta suerte sin inmensa angustia, y prometedme que no me impediréis hacer lo que deseo...

—¿Qué?—exclamó la anciana.—¡Dios mío! ¿Será dejarme para entrar en un convento?

—¡No!—dijo la señora de Tillières.—Pero

quiero retirarme de París para siempre; quiero que abandonemos esta casa, donde no volveré á poner los pies nunca, nunca... Perdonadme si os dejo el cuidado de ocuparos en detalles que á mí sola corresponden, y desearía que todo lo que me pertenece se me enviara al castillo, donde os aguardaré...

—No pienses en eso—dijo la madre.—Dentro de un mes ó de un año estarás cansada de vivir en Nançay y de la soledad... Los sentimientos que hoy te enloquecen estarán sosegados, y la vida en el campo, sin otra compañía que mi viejo rostro, te parecerá, te será insoportable.

—Con vos, madre mía, con vos siempre, y allá, en el castillo, está mi salvación—repitió la joven besando con amor las blancas manos arrugadas que la acariciaban el semblante.—¡Ah, no discutáis conmigo! Vos me amáis, vos me queréis leal y honrada... Pues bien, ayudad á salvarme.

—¿Contigo siempre?—dijo melancólicamente la señora de Nançay.—¿Y qué será de ti, sola en el mundo, cuando no me tengas? Porque yo debo morir antes que tú... ¿y entonces?

—Cuando no os tenga—dijo Julieta con una mirada que su madre no la conocía—cuando no os tenga tendré á Dios.

Raimundo Casal, once meses después de su duelo con Poyanne y de los sucesos que le siguieron, viajaba en el yacht de lord Herbert Bohun; regresaban de Ceylan, adonde los dos amigos habían ido á matar elefantes, después de haber cazado leones en una de las costas del golfo Pérsico.

Habían recalado en Malta para recibir allí el correo, y sin duda Raimundo encontró en el suyo una carta que le preocupaba singularmente, porque todo el día fué presa de una tristeza que no quiso combatir su compañero.

Aunque jamás se había cambiado una palabra de confianza entre los dos amigos, lord Herbert adivinaba que un duelo de corazón dominaba á su querido Casal, quien no era ya el alegre compañero de otros días.

Once meses vivieron juntos casi constantemente, empleando el tiempo como conviene á dos camaradas que navegaban con el pabellon blanco y la cruz roja del *Royal Yacht Squadron*; en Agosto habian ido á la pesca del salmón en Noruega, para remontar después hasta el cabo Norte; descendieron luego á Inglaterra, para pasar algunas semanas de Octubre y Noviembre, asistir á las carreras de Newmarket y entregarse Raimundo á la locura del juego y lord Herbert al demonio del alcohol.

Porque sobre el mar, á bordo del *Dalila* (este era el nombre del yacht), el inglés pareció otro hombre muy distinto; no bebía una gota de aguar-

diente, y vigilaba los menores detalles de la maniobra con la ojeada segura de un capitán que ha ganado en honrosa lid su diploma de navegación.

Estos intervalos de sobriedad le preservaban sin duda de caer en el embrutecimiento alcohólico; su inteligencia se despertaba en aquellos periodos, y se volvía á ver en él con asombro al antiguo colegial de Oxford, que tanto se había distinguido antes de pedir al aguardiente el olvido de todo, aun de él mismo.

Para su único amigo, á quien quería con fidelidad británica, tan segura y profunda, desplegaba, en viéndole sombrío, un espíritu regocijado que no sospechaban siquiera en él los *habitués* del Círculo, y una sensibilidad extraordinaria; así es que, durante aquel viaje á Persia y á las Indias, emprendido después de Diciembre, tuvo el arte de entretener con exquisita finura las tristezas de su *alter ego*.

Mas en la tarde que siguió á la marcha de Malta conmovió tanto á Casal por la solicitud discreta de su cariño, que este último se determinó á contarle el drama singular en que habia sido mezclado, sin nombrar á la señora de Tillières, y después de advertirle que iba á someter á su examen el más inexplicable de los problemas femeniles.

La noche era espléndida, de sobrenatural belleza; las estrellas fulguraban con ese amplio centelleo que tienen en el cielo del Mediodía; el *Dalila*

bogaba con movimiento insensible por un mar tranquilo, pesado, suave y de una negrura casi azulada, bajo el cielo, también azul, casi negro.

La frescura de la brisa, que se recibe con delicia después de los sofocantes calores del mar de Egipto, daban á aquella noche un encanto de irresistible indolencia.

Lord Herbert, hundido en un sillón de mimbres, escuchaba á su amigo sin hablar, lanzando bocanadas de humo de su pipa de madera; y Raimundo, abandonándose á la magia de los recuerdos, evocaba para él mismo, tanto como para su mudo confidente, todas las escenas de su aventura: su encuentro con Julieta en casa de una amiga de ambos; sus primeras visitas, y cómo había sido subyugado por la seducción de la joven, cómo ella le despidió de su casa, la petición de su mano, su crisis de celos, la escena con Poyanne, la llegada de la señora de Tillières á su casa, la locura con que ella se había abandonado á él...

Y después nada; cuando, curado de su herida, fué á su casa, le dijeron que ella había partido; él la escribió y no tuvo respuesta; supo su retiro de Nançay, y fué allá; no sólo no fué recibido, sino que ni siquiera llegó á entreverla de lejos.

Supo que ella no salía del castillo, que paseaba poco por el parque, cercado de altos muros, y él los escaló, como un héroe de novela; mas al día siguiente ella dejó el castillo, sin decir adonde se

dirigía, tal vez habiendo sabido que él estaba allí.

Y ante ese firme propósito de huir, él renunció á una persecución para no dejar de portarse como hombre honrado; y entonces fué cuando pidió á su amigo Bohun que partiesen juntos á Bergen.

—Pero—concluyó Casal—sufro por esa mujer, y no es cosa extraordinaria... Lo que yo quisiera, ahora que todo eso es historia antigua, es comprenderlo, y no lo comprendo... Menos todavía quizás desde que he leído una carta de Candale, recibida esta mañana entre la otras, y de la cual te hablaba hace poco... Vamos á ver, amigo mío, ¿cuál es tu impresión acerca de esa mujer, después de todo lo que acabo de referirte?

—¿Estás cierto de que jamás ha vuelto á ver á su primer amante?—preguntó lord Herbert.

—Perfectamente cierto; él no ha vuelto de América.

—Luego no te ha dejado por él. Ahora... ¿me permites una pregunta muy brutal?... ¿Era ella muy apasionada?

—Muy apasionada.

—¿Y muy sincera?... ¿Me comprendes?

—Y muy sincera.

—¿Y ese Poyanne, su primer amante, había... vivido... mucho en su juventud?

—¿Él? De ningún modo; es una especie de apóstol, de gran talento y mucha elocuencia; pero que ha debido de aburrirla... ¿Y tú piensas...?

—Pienso—respondió lord Herbert, después de callar y reflexionar algunos minutos—que esa mujer ha debido de ser de buena fe en su conducta hacia ti, y te ha amado apasionadamente sin lograr que cesase su amor al otro... Ese otro era sin duda el amante de su espíritu, de sus ideas, de muchas cosas que tu influencia no podía destruir, y tú eras el amante de lo que él no la satisfacía... Lo que la hubiera satisfecho por completo habría sido alguien que fuese á la vez tú y el otro, que tuviese algunos sentimientos suyos y algunos tuyos... en fin, un Casal con el corazón de Poyanne... No encuentro otra explicación á tan extraña conducta. ¿Y qué te dice la carta recibida esta mañana?

—Que su madre ha muerto y que ella va á entrar en un convento... Ya es novicia en las Señoras de Retiro y Oración... Pero... no se pueden poner de acuerdo hechos tan contrarios como éstos: un amante por espacio de muchos años, otro amante de horas y el claustro para toda la vida...

—Pero—dijo el inglés—¿se quedará allí? Además, si se queda es un suicidio como otro; el convento es como el alcohol de las mujeres románticas... Es más sentimental que el *whisky*, y cuanto más viejo sea el jugo, es también más altivo; pero lo mismo da; el asunto es olvidar...

Y luego, con la acritud de hombre que guarda secreto rencor á una antigua querida, despreciada y siempre deplorada, añadió:

—¿Y de qué te quejas? Una mujer que te deja la idea de que pasa la vida en pedir á Dios perdón por haberte amado es un ideal perfecto en nuestro siglo de comediantes y mendigos...

—¿Que me ha amado?—repitió Casal.—¡Si por lo menos yo estuviera seguro de ello!

—Pues ciertamente; te ha amado.

—¿Y al otro?

—Al otro también.

—No, eso es imposible; no hay sitio en el corazón para dos amores...

—¿Por qué no?—dijo lord Herbert, alzando los hombros y encendiendo en seguida su pipa.— Cuando estuve en Sevilla tenía un cochero que era maniático por los proverbios, y repetía mucho uno de éstos, que te recomiendo, porque contiene la palabra justa de toda tu historia, y quizá de todas las historias: *Cada persona es un mundo...*

Y los dos amigos se hundieron en el silencio de los ensueños, mientras las estrellas proseguían fulgurando claras y brillantes, el mar inmenso, tranquilo, azulado se estremecía, y el *Dalila* avanzaba sobre este mar y bajo aquel cielo.

Mar y cielo menos infinitos y menos cambian-

tes, menos misteriosos, menos peligrosos y menos magníficos que puede serlo, á través de borrascas y abatimiento, de pasiones y sacrificios, de contrastes y dolores, esa cosa tan imposible de comprender jamás con exactitud, UN CORAZÓN DE MUJER.

*Hyes, Diciembre de 1889. Paris, Julio de 1890.*

FIN

